

LOS SIETE PECADOS CAPITALES.

Al día siguiente, por la mañana, se fué á casa del arzobispo, el cual comenzaba á impacientarse de tanta lentitud, y le enseñó el plano. Monseñor Conrado confesó que no habia perdido nada por esperar, y abriendo los tesoros del cabildo, autorizó al artista para que sacase de allí á manos llenas.

En aquel mismo día el arquitecto echó los cimientos de su catedral; y como hacia mucho tiempo una multitud de obreros excavaban las laderas de Drakenfels, no le faltaron materiales: vióse-la, pues, salir muy pronto de la tierra como una inmensa vegetación de piedra que se apresuraba á recibir los rayos del sol.

Tres meses habian pasado, y cada semana el monumento subia una hilada.

Cuando un viernes, el arquitecto, distraído en sus trabajos, habia permanecido hasta la noche sin comer, y volvia á su casa hambriento, se encontró al burgomaestre, persona conocida por las magníficas comidas que daba. Volvia precisamente de casa del arquitecto á donde habia ido para convidarle á cenar con los burgomaestres de Maguncia y de Aix-la-Chapelle, que pasaban tambien por alegres convidados; y no habiéndole encontrado, se dirigió hácia el sitio donde estaba seguro de encontrarle siempre. Quiso negarse el arquitecto diciendo que su madre no estaba advertida; pero el burgomaestre no quiso oír nada diciéndole que era cosa hecha puesto que la habia hablado él, de modo que por mas que se negó, le fué preciso al arquitecto seguir al burgomaestre, quien le introdujo en un comedor, en medio del que habia una mesa espléndidamente ocupada con los mas delicados manjares, tanto de volatería como de montería.

El arquitecto, como hemos dicho, se moria de hambre: así, al ver tan excelente refacción, comenzó á felicitarle por haber seguido al burgomaestre; mas al ponerse á la mesa se acordó que era precisamente viernes, día de abstinencia, en que le era menos permitido que á nadie entregarse al pecado de la gula. Por tanto, luego que hubo dicho su oración, no quiso tomar otra cosa que un pezado de pan y un vaso de agua, rehusando las mas delicadas

viandas y los vinos mas exquisitos; porque, como habia dicho, no era gloton.

En cuanto á los tres burgomaestres, comieron de todas aquellas viandas sin temor de Dios ni del diablo, chanceándose durante toda la comida con el pobre arquitecto por la frugal comida que hacia.

Al dia siguiente volvió el arquitecto á dedicarse á su obra, y como no le faltaban ni hombres ni dinero, veia diariamente elevarse mas y mas la catedral. No dejaba de acordarse de vez en cuando el artista de las amenazas del diablo; pero cada vez que pensaba en ellas sacaba del mismo temor nueva fuerza para resistir á la tentacion, y como la catedral avanzaba, esperaba que las predicciones infernales no se verificarian.

Por aquel tiempo, el papa Inocencio IV, que era genovés, quiso edificar para uno de sus sobrinos un palacio en Roma, y como la ciudad de Colonia tenia fama por la habilidad de sus constructores, envió á pedir á monseñor Conrado un arquitecto. Monseñor Conrado designó á S. S. un hombre sumamente hábil, á quien tuvo por un momento intencion de encargar la construccion de su catedral, creyendo causar gran pena al arquitecto de la catedral, con el que algunos dias antes habia tenido una breve disputa; mas este, dedicado completamente á su trabajo, se felicitó de que la eleccion no hubiese recaido en él, y en el momento de

la partida abrazó á su rival y le deseó un feliz viaje, porque, como habia dicho, no era envidioso.

La catedral continuó ganando con aquella tranquilidad de espíritu. El artista no vivia mas que para el monumento; todo su tiempo lo pasaba en medio de las piedras, esculpiendo por sí mismo aquello que tenia necesidad de delicadeza y finura. El arzobispo por su parte, por mas indiferente que estuviera con su arquitecto, le pagaba régicamente, de modo que el artista, soñando en una gran gloria para su nombre, ganaba una bonita fortuna para su existencia: sesultó de aquí, que á los diez y ocho meses tenia ya cerca de seis mil florines, los cuales, para aquella época, eran una cantidad muy bonita.

Mas una noche, al volver á su casa, le entregó su madre una carta sellada con lacre negro: era de su hermana que le anunciaba que acababa de perder á su marido, el que al morir la dejaba sin fortuna y con tres niños. La pobre mujer terminaba su carta suplicándole la enviase algun socorro para ayuda de mantener á su familia.

El artista le envió sus seis mil florines; porque, como habia dicho, no era avaro.

La catedral continuaba adelantando, el artista parecia haber hecho de ella su mansion: desde el amanecer estaba allí, y frecuentemente llegaba la noche, y aun no la habia abandónado. No obstante,

tenia á sus órdenes muchos obreros bastante hábiles para que pudiera descansar en ellos, respecto á ciertos trabajos de importancia; así, despues de haber hecho un dibujo del tallado, habia confiado á uno de ellos una puerta lateral llena de preciosos arabescos y de la que pendia, como de un emparado, una cepa cargada de racimos. El obrero que debia ejecutar este trabajo se habia encerrado en una especie de taller de tablas, á fin de no verse incomodado. El arquitecto respetaba su soledad, y confiando en su habilidad, esperaba á que cayese el velo. Llegó el gran dia. El obrero levantó su andamio; mas entonces se vió engañada la esperanza del artista; algunas partes de la puerta estaban lejos de ser dignas del resto del edificio; de modo, que resolvió hacer aquella puerta por sí mismo, á pesar de tener no menos de seis meses de trabajo; y nada le costó tomar esta determinacion; porque, como habia dicho, no era perezoso.

Desde que el monumento se habia comenzado, y habian pasado ya cerca de cuatro años, jamás el artista habia dejado de vigilar un solo dia, y por sí mismo á sus obreros, y juzgar por sus propios ojos si se habia seguido escrupulosamente cada detalle de su plano; de modo, que le parecia imposible vivir en otra parte que en medio de sus columnatas y de sus ojivas. Mas sucedió que una noche unos ladrones, que ignoraban que, pagando á los

obreros el dia antes, no le habia quedado un cuarto en casa, se introdujeron en ella, y no encontrando el dinero que buscaban se indemnizaron con su vestuario de la falta de su caja y le llevaron hasta el traje que acababa de quitarse, que estaba en una silla al pié de su cama; de modo, que al dia siguiente notó que no podia levantarse por falta de vestido. Llamó al punto á un sastre, quien le prometió un vestido completo para la misma noche, no llevándosele hasta de allí á tres dias; así que, el desventurado arquitecto se vió obligado á permanecer sesenta y dos horas en su cama. Cuando despues de haberle hecho esperar de aquel modo, le llevó el sastre el traje tan deseado, le riñó; mas con un tono moderado y como conviene á un hombre de calma y moderacion; porque, como habia dicho, no era colérico.

Al mismo tiempo comenzaba á esparcirse el rumor de que una nueva maravilla iba á enriquecer el mundo; porque era fácil conocer, por lo que emitia ya, lo que seria el edificio una vez terminado; de modo, que acudian gentes como en peregrinacion de Francia, Alemania y Flandes. Generalmente, todos aquellos peregrinos despues de haber visitado el edificio, tenian curiosidad de ver al arquitecto; de modo, que cuando volvia de la catedral á su casa, no era raro que encontrase grupos de extranjeros que le esperaban, á fin de ver qué

hombre era aquel que habia tenido bastante audacia y genio para esperar llevar á cabo semejante empresa. Mas entre estos peregrinos habia tambien algunas peregrinas: sucedió que una de ellas concibió tal pasion por nuestro arquitecto, que alquiló una casa en la calle que conducia de la suya á la catedral, y cuando pasaba, fuese al ir ó al volver, la veia siempre en su balcon con la sonrisa en los labios y siguiéndole con la vista mientras le alcanzaba á ver. Duraba esto ya tres semanas, cuando una noche al volver, dejó caer ella á sus piés desde el balcon el ramo que tenia en la mano. El artista le cogió, y sin ningun pensamiento malo, entró en la casa para entregarle á algun criado; pero, por casualidad, todos los criados habian salido, de suerte que le fué preciso subir á la habitacion de la bella desconocida, la cual le recibió en una habitacion embalsamada con los mas suaves perfumes, y alumbrada con esa media luz tan peligrosa para un corazon que no está seguro de sí mismo. Una vez allí, le era imposible al arquitecto retirarse inmediatamente. Aceptó, pues, la invitacion que le hizo la hermosa peregrina para que se sentara un momento á su lado. Mas apenas lo hizo, le confesó ella que habia ido por ver la catedral, pero el arquitecto la detenia hacia un mes en Colonia; y diciéndole cosas tan lisonjeras como esta le echó uno de sus preciosos brazos al rededor del cuello, y

acercando sus labios á los del arquitecto, le dió uno de esos prolongados y ardientes besos que se deslizan de la boca al corazon. Pero el arquitecto se levantó al punto, modesto y ruborizado, y pronunció un largo y elocuente discurso acerca de la necesidad de contener las tentaciones de la carne, y terminado el sermón, se retiró, á pesar de sus instancias y lágrimas; porque, como habia dicho, no era lujurioso.

Seis meses próximamente se habian pasado desde aquel suceso; la afluencia de curiosos aumentaba diariamente, porque el pórtico estaba enteramente terminado así como la bóveda; y aunque una de las torres no habia llegado todavía mas que á la altura de veinte y un piés, la otra tenia ya mas de ciento cuarenta y dejaba calcular seguramente lo que seria cuando tuviese su dimension completa, que debia ser de quinientos piés: pero á medida que la catedral avanzaba, atormentaba mas al artista la idea de que no se terminaria y de que su nombre quedaria olvidado y desconocido; por tanto, resolvió hacer frente á aquel temor, construyendo de las mismas letras de su nombre la balaustrada que debia rodear la plataforma de la torre: de este modo, aquel nombre atraeria todas las miradas mientras durara el edificio; aquel nombre viviria con él. Tomada esta resolucion, quedó el artista mas tranquilo y resolvió ponerla

en ejecución desde el día siguiente por la mañana.

En el momento en que acababa de fijarse en este proyecto, le envió á buscar el arzobispo para enseñarle, decía, varias reliquias que acababa de recibir: el arquitecto se bajó de su torre, y fué al palacio arzobispal, donde encontró á monseñor Conrado sumamente alegre porque habia recibido de Milan las cabezas de los tres reyes magos, Gaspar, Melchor y Baltasar, con preciosas coronas de oro, adornadas de diamantes y perlas. El arquitecto se arrodilló devotamente ante aquellas santas reliquias, hizo su oracion, y habiéndose levantado, felicitó al arzobispo por haber recibido tan rico y milagroso presente.

— ¡ Y bien ! dijo el arzobispo, he recibido una cosa mas preciosa todavía que todo eso, del emperador de Constantinopla.

— ¿ De veras ? preguntó el arquitecto ; ¿ será un pedazo de la verdadera cruz hallada por la emperatriz Elena ?

— Mejor que eso.

— ¿ Será la corona de espinas entregada en garantía por el emperador Balduino ?

— También mejor que eso.

— ¿ Qué es, pues ?

— El plano del mas hermoso edificio que jamás se ha construido.

— ¡ Ah ! dijo el arquitecto sonriendo desdeñosamente.

— Un plano que deja muy atrás á los demás planos, como el sol deja atrás á las estrellas, puesto que todos los demás planos son obra de los hombres, y este es obra del mismo Dios, quien le envió por medio de uno de sus ángeles al rey Salomon.

— ¿ Teneis el plano del templo de Jerusalem ? exclamó el arquitecto.

— Sí.

— Tengo curiosidad de verle.

— Levantad esa cortina, dijo el arzobispo señalando con el dedo un tapiz que cubria un marco.

El arquitecto obedeció apresuradamente, y vió ante sí un plano celestial, que abrazó con una sola mirada en todos sus detalles.

— ¡ Y bien ! dijo el arzobispo, ¿ qué decís de ese plano ?

— ¡ Psche ! dijo el arquitecto prolongando el labio inferior, prefiero el mio.

En aquel momento resonó en sus oídos una carcajada infernal: reconoció la risa de Satanás; despues de haberse librado de los otros seis pecados, iba á caer en el pecado del orgullo.

El arquitecto atravesó de un salto el espacio entre el arzobispado y la iglesia de San Jerónimo, donde esperaba encontrar al padre Clemente ; pero

el padre Clemente habia muerto aquella noche de una apoplejía fulminante. En el momento en que le dieron aquella noticia, oyó por segunda vez estallar en sus oídos la satánica carcajada que ya le habia espantado, y un estremecimiento que circuló por todos sus miembros, penetró hasta su corazón y le heló.

Sin embargo llamó á su socorro toda su resolución, y como no experimentaba ningun dolor físico, recobró ánimo poco á poco, y resolvió volver á su catedral, esperando que el entusiasmo que experimentaba siempre que se encontraba frente á su obra, disiparía el resto de temor que estremecía lo íntimo de su corazón.

El artista intentó ocultarse en las profundidades de su catedral, pero conoció al punto que el aire empezaba á faltarle allí, y que se ahogaba como en un sepulcro; por tanto, se dirigió á la escalera que conducia á la plataforma. Luego que llegó á ella, continuó subiendo por los andamios; en lo alto de estos habia una escala que conducia á la cúspide de la torre. Esta cúspide de la torre era la parte mas adelantada de la obra, y desde allí era desde donde el arquitecto dominaba ordinariamente todo el conjunto de sus trabajos.

Al parecer nada habia cambiado, cada uno estaba dedicado á su tarea, y todos permanecieron asiduamente allí hasta la hora de cesar el trabajo;

al fin llegó esa hora cuando empezaba á terminar el día. El arquitecto oyó á los obreros retirarse cantando, satisfechos con su obra del día. Quedó entonces solo como acostumbraba, porque, como hemos dicho, siempre se marchaba el último.

Poníase el sol majestuosamente como un rey de la esfera, no iluminando ya mas que los tejados mas elevados. Pronto quedaron envueltos en las sombras completamente el río y la ciudad; mas por algun tiempo aun la cúspide de la torre, que sin embargo todavía no habia llegado mas que á un tercio de su altura, permaneció iluminada, y el artista, inundado de luz, pensó orgullosamente que cuando la torre hubiera llegado á toda su altura, parecería un faro encendido en la noche. Al fin abandonó el sol lentamente la montaña de piedra, y el arquitecto creyó que era tiempo de bajar.

Pero cuando buscó la escala, fué en vano; la escala no estaba allí.

Este suceso no tenia nada de extraordinario, porque algun trabajador, creyendo que se habia marchado el arquitecto, podia haberla quitado; sin embargo, en las circunstancias en que el arquitecto se encontraba, concibió alguna alarma; en primer lugar, segun su costumbre, habia almorzado muy ligeramente, y habiendo sido llamado á casa del arzobispo á las dos, se habia olvidado completamente de comer. Por tanto, comenzaba á

aquejarle el hambre; además era el mes de octubre, y las noches iban siendo frías: intentó, pues, todos los medios para bajar; mas por diestro que fuese, era completamente imposible. Entonces llamó, pero como antes de recurrir á este medio había empleado mas de una hora en inútiles tentativas, las calles estaban ya desiertas, y su voz, sin que pudiera explicárselo, había tomado tal carácter de angustia, que los pocos transeuntes que le oyeron, en lugar de detenerse para contestarle, apresuraron el paso, asustados de aquellos gritos nocturnos y confusos.

Forzoso le fué al arquitecto resignarse; pero se necesitaba para esto cierta resolución. La cúspide de la torre presentaba una superficie desnuda y no ofrecía abrigo alguno. Para colmo de desventura, á cosa de las once se fueron agrupando en el cielo hacia el Occidente, nubes que amenazaban con una terrible tormenta. No era posible ya pensar en dormir, y el artista estaba sentado, porque de tiempo en tiempo pasaban tales ráfagas de viento, que si hubiese estado de pié, como no había parapeto, sin duda le hubiesen llevado; en tanto la tormenta iba avanzando.

A las once y media se fijó sobre Colonia, y se oyeron retumbar los primeros truenos. A intervalos, un relámpago que parecía rasgar hasta las capas mas profundas del cielo, entreabría aquel

oleaje de nubes, é iluminaba por un momento la ciudad y el rio con una fantástica luz. Parecía entonces al arquitecto que la ciudad tenia la forma de un leon, la nube la de una águila, y el rio la de una serpiente.

A las doce menos cuarto, todo aquel océano de vapor lanzado por el viento contra la catedral, se detuvo en su cúpula, como á veces se detienen las nubes en la cima de las montañas. El arquitecto se encontró, pues, en el centro de la tempestad. El trueno rugia á su oído, el relámpago serpenteaba á su alrededor.

Al dar la media noche, se oyó un ruido extraño y confuso: se esparció un olor insoportable á azufre; y cuando el mazo del reloj de los Santos Apóstoles daba la última campanada, aquella carcajada que le era tan conocida resonó tras el arquitecto. Se volvió y se encontró delante de sí á Satanás.

Ahora era él quien á su vez estaba en poder de su enemigo.

Comprendió el arquitecto que estaba perdido, porque no podia pensar en huir. Sin embargo, cuando Satanás extendia una mano hácia él, dió un paso atrás, lo cual le dió tiempo para hacer un acto de contrición. Entonces Satanás vió que su alma iba á escapársele por segunda vez, dió un salto hácia él, y tocándole con el dedo, le precipitó de lo alto de la torre.

Pero por rápido que hubiese sido aquel movimiento, habia quedado tiempo para que la plegaria subiese hasta el trono de Dios, y cuando Satanás se lanzó tras de su víctima para arrastrarla consigo al infierno, la encontró en brazos de dos ángeles que la llevaban al cielo.

Quedó Satanás un momento estupefacto; en seguida lanzándose tras los celestes mensajeros, pasó junto á ellos, rápido como un torbellino, dirigiendo otra vez á la pobre alma aquella palabra que tanto habia atormentado su cuerpo:

— ¡ Desconocido, desconocido !

En efecto, la prediccion de Satanás se ha verificado; la catedral, interrumpida, quedó en el estado en que se encontraba cuando llegó aquella noche fatal, porque cuando quisieron continuarla no pudo encontrarse el plano por el cual habia sido comenzada, y por mas indagaciones que desde aquella época han hecho los anticuarios, jamás se ha descubierto el nombre del arquitecto.

La pobre alma sabe en el cielo que está olvidada en la tierra, y este es el castigo de su orgullo.

A pesar de estar sin terminar, es la catedral una maravilla; por eso los habitantes de Colonia no pierden la esperanza de que será un dia terminada, y la grua que servia para subir las piedras, ha quedado tendida en la plataforma. De aquellas dos torres, cada una de las cuales debia tener la altura

de quinientos piés, la una ha quedado á los veinte y uno sobre el nivel del suelo, y la otra, aquella de donde dice la tradicion que el arquitecto fué precipitado, y que veremos despues, ha llegado á la tercera parte de su elevacion. Solo el coro está terminado, y le remata una cruz dorada: esta cruz es un regalo que María de Médicis hizo á Colonia, en reconocimiento de la hospitalidad que allí recibió.

En la capilla situada detrás del altar mayor es donde el famoso monumento de los tres reyes magos contiene, segun se asegura con toda seriedad, los esqueletos de los tres príncipes que fueron á llevar presentes al niño Jesús: Federico I de la casa de Hohenstaufen despues de haber tomado y asolado á Milan, se llevó los esqueletos de los tres reyes, que se encontraban allí, sin que pueda decirse la causa, y los regaló á Renaud, arzobispo de Colonia; este, entusiasmado con tener tan preciosas reliquias, quiso construir una iglesia digna de ellas; como esto pasaba por los años de 1170, y aun no se habia tratado de la catedral, hizo ir un arquitecto á trazar un plano. Trazado este, reunió operarios y les hizo poner manos á la obra.

Desgraciadamente el digno arzobispo tenia mas celo que los operarios actividad; pero como era un antiguo caballero que habia manejado por largo tiempo la lanza antes de llevar el báculo, era natu-

ralmente inclinado á recurrir de vez en cuando á los medios temporales, lo cual ejecutaba cogiendo un palo y golpeando grandemente á los mas perezosos; despues volviendo á los medios de persuasion, les pronunciaba bonitos discursos, y les explicaba la necesidad absoluta del trabajo para la salvacion del hombre. Así marcharon las cosas durante algun tiempo, mas como diariamente se aumentaba el celo del buen arzobispo, resolvieron los operarios desembarazarse de él de cualquier modo que fuese. Un dia se subieron todos á los andamios ya levantados en la iglesia, é hicieron acopios de piedras. Cuando el arzobispo se presentó se ocultaron tan profundamente, que el buen prelado creyó que no habia nadie en su iglesia. Se adelantó hasta el coro para coger del sitio acostumbrado el palo del estímulo; mas cuando estuvo en medio de la iglesia, de todos lados cayó sobre él una granizada de piedras. El arzobispo, que no se intimidaba fácilmente, quiso por algunos momentos hacer frente á la tormenta, pero viendo que sus antagonistas se habian puesto prudentemente fuera de su alcance retirando las escalas, se batió en retirada hácia la puerta. Desgraciadamente una gran piedra le dió en la cabeza y le derribó sin sentido: los operarios bajaron y le derribaron á martillazos. Mas sea que Dios quisiese castigarlos en el instante mismo, sea que semejante accion les hubiese natu-

ralmente trastornado el juicio, apenas fué muerto el arzobispo se esparcieron como furiosos por la ciudad, vociferando é hiriendo. Y entonces les sucedió lo que habia sucedido al arzobispo, los ciudadanos se cansaron, y habiéndose reunido entre ellos, les dieron caza y los mataron á todos como fieras.

La justicia estaba satisfecha, pero los tres reyes magos quedaban sin asilo: colocóseles en una iglesia provisional, y para hacerles tener paciencia les hicieron una magnífica urna, toda cubierta de láminas de oro, é incrustada de pedrería: sobre las tres cabezas, que se colocaron en línea á un extremo de la urna, se pusieron tres magníficas coronas de oro, diamantes y perlas, cada una de las cuales pesaba seis libras, y por bajo de las cabezas se escribió con rubíes el nombre de sus propietarios, Gaspar, Melchor y Baltasar.

Luego que el interior de la catedral estuvo habitable, trasladaron á ella los tres reyes magos, y el elector Maximiliano Enrique, de la casa de Baviera, les hizo erigir un bonito monumento del estilo jónico. Permanecieron aquí hasta el año 1794, en que el cabildo de Colonia, por el gran temor que le inspiraban los Franceses, emigró á Amsberg, en Westphalia, y no queriendo separarse de sus tres reyes magos, los llevó consigo. En 1804 volvió el cabildo con las reliquias; pues ya eran pobres reyes

que muertos se hallaban como muchos de sus colegas que á la sazón vivían; habían perdido su corona y las mas ricas joyas de su tesoro. Durante diez años, el cabildo había vivido desmembrando la urna de los pobres santos; de modo que hoy no queda en ella mas que lo que la han dejado. Verdad es que han tenido á bien dejarles una corona de perlas imitadas; pero los tres reyes, inteligentes en alhajas, no se han dejado engañar, y en su aspecto se conoce la vergüenza que les causa tener piedras falsas. Aun quedan algunas antiguas buenas, y entre otras un Augusto, que se quiere hacer pasar por un Alejandro, y que es el verdadero retrato de Napoleón.

Cerca de los tres reyes magos están colocados los demás restos de la riqueza del cabildo: son estos la espada electoral, un magnífico báculo episcopal, y un cáliz de un trabajo maravilloso. El principal adorno del coro, donde descansan las entrañas de María de Médicis, es cuatro candeleros de diez piés de altura próximamente, en cuya composición se aprecia el oro que entra en ellos en una octava parte: en el momento de la fundición llegaron los canónigos con sacos llenos de ducados, y los arrojaron en el molde.

Dirijimos la última mirada á los hermosos vidrios que adornan las cuatro ventanas que se encuentran á la izquierda entrando, que son de fines del siglo

xiv y principios del siglo xv, y fuimos en busca de otras curiosidades de la ciudad.

Después de la catedral, las dos iglesias mas visitadas por los extranjeros son las de San Pedro y Santa Ursula. En la primera es donde Rubens fué bautizado, y donde permaneció tres años como niño de coro; por eso quiso dejar á esta iglesia un grande y eterno recuerdo suyo, é hizo para ella una de sus obras maestras: el apóstol san Pedro crucificado boca abajo. Semejantes obras no se describen; nos contentamos con referirlo; este es uno de los mas hermosos cuadros de Rubens. Para realzar mas su valor, el cabildo de San Pedro ha empleado un medio que da una alta idea de la modestia de los artistas indígenas. Ha mandado hacer á uno de ellos una copia del cuadro de Rubens y lo ha pegado á espaldas del original; de modo, que el cicerone que os hace los honores de su iglesia comienza por enseñar á los viajeros la copia, sin decirles nada. Luego, cuando se han extasiado ante ella: — ¡Ah! ahora, dice el malicioso sacristán, vais á ver el original. Da vuelta al cuadro, y os enseña una maravilla, que es causa de que en el mismo momento lo que habeis visto lo tengais por un mamarracho. Esto es sumamente ingenioso, pero dudo que la chanza fuera del gusto del pobre pintor, y que se le haya dicho de antemano á qué género de sorpresa estaba destinada su copia.

Visto San Pedro, nos dirigimos al punto á la citada abadía de hermanas de Santa Ursula. Sin duda alguna, nuestros lectores han oído hablar de las once mil mártires holandesas, pero acaso no conocen su historia en todos sus principales detalles. Hélas aquí, porque es imposible no referir alguna crónica muy extraña cuando se habla de la Alemania.

Era por el año 220 de Jesucristo: Dionesto y Daría reinaban en la Gran Bretaña y no tenían herederos; rogaban ardientemente al cielo les concediese uno. El cielo, se ignora el porqué, hizo las cosas á medias, les envió una hija; verdad es que esta hija debía ser una santa.

El fruto tan largo tiempo esperado recibió el nombre de Ursula. Desde su juventud, frustrando las esperanzas de sus padres, que á falta de un hijo contaban al menos con un niéto, Ursula ofreció al Señor consagrarse exclusivamente á su servicio. Esta imprudente promesa causó gran pena á Dionesto y Daría, pero eran ambos demasiado religiosos para contrariar la santa inclinacion de su hija; tanto que habiendo llegado embajadores de parte de Agrippino, príncipe germano, para pedir la mano de Ursula para su hijo, el príncipe Coman, Dionesto se negó al punto á esta union. Mas á la noche siguiente bajó junto al lecho de Ursula un ángel, la relevó su juramento de parte de Dios,

y le mandó se casara con el príncipe Coman.

Dionesto y Daría no eran personas que dejasen marchar á su hija sin darla una escolta digna de ella. Eligieron entre las mejores familias de la Gran Bretaña once mil vírgenes, para que formasen la comitiva de Ursula, y la acompañasen primero á Roma, donde segun el deseo de su padre, debian ser bautizadas por segunda vez y volver con ella al país de los Germanos. Partió Ursula con sus once mil damas de honor, y al llegar al puerto, encontró el mayor navío del rey su padre que le esperaba con sus marineros y su capitán. Despidió ella toda la tripulacion, se sentó al timon, mandó la maniobra, y obedeciendo el buque, se alejó de tierra, llevando á las costas báltavas aquella bandada de blancas palomas.

Los embajadores iban detrás en otro buque, y como seguian la estela del primero, se recreaban grandemente con los cánticos que entonaban las lindas doncellas que les precedian.

En aquella época el Rhin no se perdía en la arena; desembocaba sencillamente en el mar, como debe hacer todo rio que tiene conciencia de su mision; de modo, que las once mil vírgenes siempre dirigidas por Ursula, se internaron en el rio y subieron por él hasta Colonia. Aquilino, prefecto romano que gobernaba entonces la ciudad por Septimio Severo, emperador reinante, las recibió con grandes

hombres: mas como la intencion de Ursula era llegar hasta Roma para recibir allí por segunda vez el bautismo, no hizo mas que abordar á Colonia y se volvió á embarcar al punto con toda su comitiva para seguir á Basilea. Aquí dejó su buque, pues que por bien dirigida que estuviere la maniobra, hubiera sido muy difícil hacerle subir por la cascada del Rhin, y acompañada de Pantulo, otro prefecto romano, á quien tentó tan buena sociedad, atravesó la Suiza y los Alpes á pié. Pantulo, que habia marchado solo para andar algunas leguas con ella, la acompañó hasta Roma. Fué esta una idea feliz, que mas tarde le valió los honores de la canonizacion.

Llegando á Roma las once mil vírgenes, hicieron su devota preparacion, y fueron bautizadas por el papa Ciríaco, quien atraído por la fe, que veia en todas aquellas santas doncellas, resolvió hacer lo que habia hecho Pantulo; por tanto hizo su dimision del papado, y cuando ellas dejaron á Roma, las acompañó á su vez con una gran parte de su clerecía.

De vuelta á Basilea, se embarcaron de nuevo las once mil vírgenes en el Rhin y bajaron hasta Maguncia; Ursula encontró aquí á Coman, su prometido. Era este un príncipe pagano, hasta allí sumamente obstinado en su falsa religion; mas cuando vió á su bella desposada, cuando oyó su

dulce voz, creyó que el Dios á quien adoraba semejante ángel debia ser el verdadero Dios, y se convirtió á la fe católica. El papa Ciríaco no dejó resfriar su celo, y le bautizó en el mismo instante. Los prometidos esposos se dirigieron inmediatamente á Colonia, donde debia celebrarse el matrimonio.

Mas apenas habian llegado, cayó sobre la ciudad una invasion de Godos. Cerráronse las puertas, y los habitantes, animados por Coman, hicieron la mas bonita defensa. En tanto, las once mil vírgenes estaban en oracion; mas á pesar de las súplicas de Ursula y el valor de Coman, el cielo habia decidido que los Godos quedasen vencedores. Tomaron, pues, la ciudad, y las once mil vírgenes se vieron colocadas en la alternativa de casarse con once mil Godos, ó ser once mil mártires. Su eleccion no fué dudosa, eligieron el martirio, y comenzó el suplicio.

Todas fueron asesinadas en un dia, con los refinamientos de crueldad de que solo los Godos eran capaces; solo una, llamada Cordula, consiguió al principio salvarse, metiéndose en un buque y permaneciendo oculta bajo un banco; pero llegada la noche, habiendo visto abrirse el cielo y recibir á sus diez mil novecientas noventa y nueve compañeras, se avergonzó de tal modo de su debilidad, que al instante mismo fué á entregarse á los verdugos, y recibiendo la muerte inmediatamente, llegó

aun bastante á tiempo para entrar con las demás antes que la puerta de los cielos se volviese á cerrar.

Los huesos de las santas doncellas fueron recogidos con cuidado y llevados á una iglesia. Falta-
ban los mas preciosos, porque por mas pesquisas que se hicieron, no se pudo encontrar el cuerpo de santa Ursula. Pero un dia que san Cuneberto decia misa, una paloma bajó y revoloteó alrededor de su cabeza; el santo juzgó que el mensajero del Señor no se acercaba á él de aquel modo sin una mision particular; le siguió al campo. En cuanto llegó al pié de un álamo blanco, se puso á excavar la tierra con sus rosadas patitas. Se excavó en aquel sitio, y encontraron el cuerpo de santa Ursula.

Además del cuadro que representa la llegada de las once mil vírgenes á Colonia, posee la iglesia uno cuyo asunto es el martirio particular de Coman y su desposada Ursula. San Pantulo no ha quedado en olvido, y tiene su altar casi frente á la cámara de oro.

EL RHIN.

Para nosotros los Franceses es difícil comprender la profunda veneración con que miran los Alemanes el Rhin. Es para ellos una especie de divinidad protectora, que además de sus carpas y salmones, contiene en sus aguas una gran cantidad de náyades, ondinas, genios buenos ó malos, que la imaginación poética de aquellos habitantes ve de dia á través del velo de sus azuladas aguas, y por la noche ya sentados, ya errantes por sus orillas. Para ellos el Rhin es el emblema universal; el Rhin es la fuerza, el Rhin es la independencia, el Rhin es la libertad. El Rhin tiene pasiones como un hombre, ó mas bien como un dios. El Rhin ama y odia, acaricia y pega, protege y maldice. Para los unos, tienen sus aguas un suave lecho de algas y rosas, donde el anciano padre de los rios, coronado de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO